El cumpleaños del director

El director de la unidad escolar levantó la mirada al advertir que unos pasos se detuvieron en el umbral de su despacho: en el segmento de luz matutina rectangulado por el vano, la silueta del jefe de normas educativas. El director apretó los dientes, mientras un velo de reprobación le entenebrecía los ojos, y con la mano abierta apuntó hacia un largo sofá. Luego se levantó del escritorio y fue a cerrar la puerta. No volvió al escritorio. Se acercó a un sillón situado enfrente del sofá, lo empujó con suavidad hasta ubicarlo a solo un paso de donde el jefe de normas educativas se había instalado y se sentó. Entonces, rígido como si estuviera soportando un agudo malestar, aproximó la cara a la del otro y dijo, con extrañeza:

—¿Qué ha ocurrido contigo, García? —Y sin esperar explicación alguna, le echó en cara:— ¡Esta vez no has hecho nada!

—¿Nada? ¿De qué, señor director?

El director se demudó.

—¡Este es el mes de mi cumpleaños! —reaccionó en un tono que tenía resonancias de alarma.

—¿Y? —preguntó García, levantando las cejas.

El director, asombrado, lo contempló por un instante como si García no fuera García.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso no sabes qué ocurre aquí todos los años en este mes con motivo de mi cumpleaños?

—Ah… —García pareció salir de una secreta preocupación— ¡Qué torpe soy!

—¡Claro que eres bruto! Si no fueras el único de mi confianza entre el personal de la unidad, no solamente no te permitiría esa forma tan insolente de preguntarme, a mí que soy el director, sino que además te despojaría del cargo que ocupas gracias a mí. Pero hay otra cosa que considero mucho más grave. ¿Cómo es posible que hayas olvidado que todos los años en este mes el personal docente de la unidad me da un regalo con motivo de mi cumpleaños? ¿Cómo es posible que hayas olvidado que tú eres el que difunde la idea del regalo y te encargas de obtener de cada uno la firma que autorice que se le descuente en la planilla de sueldos de este mes la cuota para la compra del regalo? ¿Cómo es posible que hayas olvidado que si alguien no toma la iniciativa de meterles la idea de que hay que regalarle algo al director, estos son capaces de pasar por alto mi cumpleaños y dejarme sin regalo? ¿Cómo es posible que hayas olvidado que yo no puedo ser quien se encargue directamente de este asunto y que para eso estás tú, como que lo has venido haciendo todos estos

años? Esta vez no has hecho nada de lo que debías haber hecho, y por tu culpa no tendré regalo este año. ¿Qué diablos ha pasado contigo?

—Disculpe usted, señor director, por la manera como le he preguntado. Disculpe, señor director. Lo que ocurre es que creí que me había mandado llamar para otra cosa.

—¿Otra cosa? ¿Qué cosa?

—No tiene importancia, señor director. Y en cuanto al regalo, no me he olvidado.

El director le plantó una severa mirada de incredulidad.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo explicas entonces que no hayas solicitado ni una sola firma? Faltan solo cuatro días para mi cumpleaños, y ¡ya todo se fue al demonio!

—No, señor director. Todavía hay tiempo.

—¿Qué? —El director creyó que García le estaba tomando el pelo, y replicó a punto de estallar:— ¡Pero si siempre lo has hecho faltando diez días para mi cumpleaños, y esa tarea te demandaba siete u ocho días! ¿Acaso piensas solicitar las firmas hasta después de mi cumpleaños? ¡Tiene que hacerse antes, porque de lo contrario el personal ya no estaría motivado! ¡Y ya no hay tiempo para eso!

—Sí hay tiempo, señor director —En el rostro de García había una expresión de serenidad.

La creciente agitación del director se diluyó, como si de pronto hubiera sentido que el regalo no estaba perdido.

—¿Cómo es eso de que todavía hay tiempo? Explícate.

—Esta vez, señor director, serán suficientes dos días para solicitar las firmas.

—¿Dos días? ¡Pero si siempre te ha ocupado más días!

—Precisamente porque yo me he encargado antes de este asunto, sé que puedo reducir el tiempo a dos días.

—¿Estás seguro?

—Seguro, señor director.

—Fíjate bien en lo que dices, García.

—No tiene usted por qué preocuparse, señor director. Sé lo que digo.

—¿Entonces lo doy por hecho?

—Téngalo usted por seguro, señor director.

—Bien —dijo el director. Se reclinó en el respaldo del sillón y resolló, aliviado.

—Además —dijo García—, conseguir las firmas esta vez en solo dos días, ya lo tenía previsto.

—¿Previsto? —dijo el director, con una sonrisita— ¿No será que te habías olvidado?

—No, no, señor director. Lo del regalo por su cumpleaños es un asunto que nunca puedo olvidar. ¿Cómo olvidar, por ejemplo, todos los regalos que usted ha venido recibiendo en estos años, gracias a mi colaboración? Recuerdo que un año fue una radiola. Otro año, una lavadora. Otro, un juego de muebles de sala. Otro, un televisor a color de treinta pulgadas. Otro, un juego de muebles de comedor. Etcétera. Etcétera.

Etcétera. Claro, con lo numeroso que es el personal docente de una unidad escolar… ¡Cómo me gustaría ser director de una unidad escolar!

—Ni lo pienses, García. Tu papel en la vida es ser hombre de confianza y nada más. Y eso te beneficia. Ahí tienes tu jefatura, por ejemplo.

—Sí, señor director, y estoy muy agradecido. Pero ¿no le parece justo admitir que sin gente como yo, usted no funcionaría en sus pequeños caprichos, señor director?

—Lo admito, lo admito, mi querido García. Sin ti, yo no hubiera podido llevar adelante esta idea del regalo anual. Estos no se imaginan que la iniciativa de que me regalen algo con motivo de mi cumpleaños ha partido de mí. Tampoco se imaginan que cada año, días antes de que se comprometan con su firma a aportar la cuota para el regalo, yo ya he escogido mi regalo en una tienda, lo he pagado con mi dinero y ya estoy disfrutando de él en mi casa, a la espera de que llegue el fin de mes para que vuelva a mis manos el monto del costo. Esta vez, sin embargo, no he podido adelantar la compra debido a tu demora: no podía arriesgarme a quedar colgado con mi dinero si finalmente no hacías nada. Pero ya visité tiendas y he averiguado el precio de lo que necesito.

—¿Y de qué se trata esta vez, señor director?

— De una refrigeradora.

—¿Una refrigeradora?

—Así es.

—Pero usted ya tiene refrigeradora, señor director. Se la vengo viendo en casa desde hace años. ¿Para qué dos?

—Una sola me es insuficiente y además esa ya se pasó de moda. La tecnología ha avanzado mucho… Bien. Ya no perdamos más tiempo. Déjate de pensar en las musarañas y dedícate desde ahora a hacer firmar a todo el mundo. Anda a secretaría y pide una copia de la relación de todo el personal docente. Luego vuelve acá para ponerle como encabezamiento la consabida nota en que ellos autorizan el descuento. Esta vez ya no va a ocurrir lo que ocurrió el año pasado cuando cinco profesores se negaron a firmar. Disociadores que no guardan respeto a la autoridad. Tipos peligrosos.

—¿Y cómo va a impedirlo?

—Muy sencillo, mi querido García, aunque espero que no haya necesidad de hacerlo. Si faltando dos días para mi cumpleaños hay todavía algunos que se niegan a firmar, tú te encargarás de difundir la especie de que va a haber cambio de ministro de Educación y que mi nombre se vocea para ocupar el cargo. Ya vas a ver cómo los refractarios van a correr a buscarte para firmar. Sólo lamento que no se me haya ocurrido el año pasado. Por culpa de esos enfermos tuve que cubrir de mi bolsillo cinco cuotas.

—¿Y si eso no funciona, señor director?

La pregunta le cayó al director con la contundencia de una revelación inconcebible: ¿cómo era posible

que su hombre de confianza, su incondicional, su perro fiel se permitiera dudar de la eficacia de su astucia, algo que él, el director, consideraba el punto clave de todo su poder y en lo que se estimaba insuperable? Y como si la duda de García fuera una pedrada que hubiera impactado en el centro de su vanidad, el director reventó:

—¡Eso nunca puede fallar, carajo!

Y el director —«un señor de limpia trayectoria», «un caballero a carta cabal», «el ínclito», «la lámpara que ilumina nuestra alma máter», «el modelador de juventudes que triunfarán en la vida», «el que ha traído perfumadas nubes divinas al trozo de cielo que vigila nuestros claustros escolares», según el discurso que pronunció uno de sus adláteres en el homenaje que se le tributó el día de su cumpleaños en el patio de honor de la unidad— recibió ese año, como siempre, su regalo, aunque esta vez no fueron cinco sino diez los profesores que rehusaron firmar —todos ellos dirigentes del sindicato de docentes de la unidad—, quienes, lejos de amilanarse ante la especie de que habría un inminente cambio de ministro, etc., pusieron en los oídos de García un envío para el director:

—¡Dile a esa basura que se vaya a la puta que lo parió!